

TU DÍA ES MI NOCHE Y MI NOCHE ES TU DÍA: REALIDADES DE INMIGRANTES CON UNA PANDEMIA Y UN OCÉANO DE POR MEDIO

Por Aitana Vargas
y Antonio Valverde



ESTIMADA AITANA

Ayer partí rumbo a esas tierras ibéricas de tu infancia que te vieron crecer y de las que tanto me has hablado. Aterricé en Madrid en pleno ocaso, con las sombras de la pandemia cerniéndose sobre mí como una amenaza que, poco a poco, va abriéndose paso y desnudando su virulencia. Las banderas de tu patria, con ese rojo y amarillo resplandecientes, aún lucen esplendorosas en las calles vacías de un Madrid al que hacía años que no me acercaba.

En realidad, llegué acá buscando refugio tras la erupción del virus en Italia. El 13 de marzo, cuando los casos de fallecidos sumaban 1.300 y los vuelos a EEUU habían sido cancelados, alcancé a subirme en el último avión que partía de Florencia a la tierra de Cervantes.

Pero las idílicas esperanzas que albergaba al aterrizar en España se disiparon en horas. Porque la pandemia ya había convertido tu país en su siguiente presa y, con el silencio como testigo, la muerte y el pánico han comenzado a estallar por las avenidas madrileñas.

I

ESTIMADO ANTONIO

Esta mañana, un sol tímido se eleva sobre el horizonte californiano mientras la brisa del Pacífico acaricia las palmeras del paseo marítimo. Al apartar la vista del oleaje y leer tu carta, confieso estar atrapada en una cascada de emociones encontradas, entre mi destierro en Los Ángeles y el deseo de retornar en cuerpo y espíritu a mi querida España. Desde estas tierras del oeste, añoro ese pasado lejano de mi Madrid natal, mientras contemplo con congoja cómo mi seres queridos permanecen atrapados en plena guerra contra un virus que ahora comienza a cebarse con ellos.

Quizá por inercia, mis pensamientos gravitan de forma natural hacia mi abuela, Ascensión Mendieta, que durante décadas libró una ardua lucha contra los gobiernos españoles para recuperar de una fosa común el cuerpo de su padre, asesinado por las fuerzas franquistas en la dictadura española instaurada en 1939. Hoy supe que Rafael Gómez, uno de los combatientes españoles que defendió la Segunda República Española y que ayudó a liberar París de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, pereció en soledad por covid-19. La esencia de esos valores que ambos representan quedó retratada en esta fotografía que comparto contigo. Ojalá que su lucha no fuera en vano, porque sobre sus espaldas cargaron con una responsabilidad que ahora, en medio de una pandemia, pareciera perder relevancia.

2



ESTIMADA AITANA

El reencuentro con España también está empezando a apoderarse de mi interior, evocando recuerdos del pasado y acrecentando mi deseo de reconectar con mis raíces mediterráneas. Entre 1870 y 1900, 17 millones de personas emigraron de Europa a América. De esa oleada, más de un millón procedía de España y, entre ellos, se encontraban mis abuelos, que partieron de Andalucía --adonde me trasladé hace un par de días desde Madrid-- y surcaron en barco el océano para llegar a Argentina, mi país natal. De niño, mi abuelo me contaba que durante la travesía marítima, una epidemia de fiebre amarilla brotó entre el pasaje. Ante la falta de medicinas y, en un intento desesperado por bajarle la fiebre a los enfermos, los sacaban a cubierta y los rociaban con agua fría. Los que sobrevivieron se instalaron en territorio americano, en esas tierras del oeste donde tú ahora te encuentras y donde germinó y se encuentra mi familia. Quizá esa entereza y tesón que nuestros abuelos encarnan sean las semillas que debamos dejar florecer en tiempos de incertidumbre y de pandemia. Quizá puedan guiarnos. No lo sé.



Ascensión Mendieta y Rafael Gómez, el último superviviente de La Nueve. Foto: Flores para la Memoria



Hoy hice también una escapada fugaz a una tienda llamada “El Jamón” para comprar enseres y productos básicos. Aún tratando de perderme entre los pasillos y de mimetizarme con los oriundos, ¡mi acento argentino me delató! Y de pronto escuché a “La Pepis”, una clienta de la tienda, gritar a todo pulmón: “¡Parece que está llegando gente rara por aquí...y ésta no es una época para venir a la playa!”



Barco de emigrantes, hacia 1915. Pacheco

ESTIMADO ANTONIO

Esta mañana desperté apagada tras pasar una noche agitada, con sueños interrumpidos y los ladridos constantes de Lolita, que iba y venía inquieta hacia mi cama alertándome de un terremoto que finalmente ha sacudido los cimientos de mi edificio, recordándome que covid-19 no es la única amenaza que nos acecha. El amanecer gris me ha acompañado durante todo el día como una sombra pesada que ha marcado mi sentir hasta el anochecer. Al salir del ascensor, he tenido un encuentro fugaz con Victoria Sandoval, una empleada mexicana de la limpieza que trabaja en el edificio donde vivo. “Estoy preocupada porque no nos dan suficientes guantes y no hay mascarillas”, me ha confesado. “Además, hay muchos residentes que no se toman en serio lo de quedarse en casa y pasean por el edificio sin que les importe el trabajo que nosotros hacemos”. Con su sonrisa afable y ojos castaños, hoy he reparado en que Victoria y otros trabajadores de mi edificio --todos inmigrantes latinos y algunos indocumentados-- llevan años siendo mi pequeña familia en Los Ángeles.

Quizá el azar ha querido que en este día gris recibiera también la llamada de Álvaro, el jefe de mantenimiento de mi edificio, un inmigrante salvadoreño que me ha socorrido en numerosas ocasiones y con quien a veces me reúno para entonar el “Ya No Vives En Mí”, de la artista mexicana Yuri. Pero nuestro tema estelar es de Sabina: “¿Quién me ha robado el mes de abril?”

¿Te apuntas?